

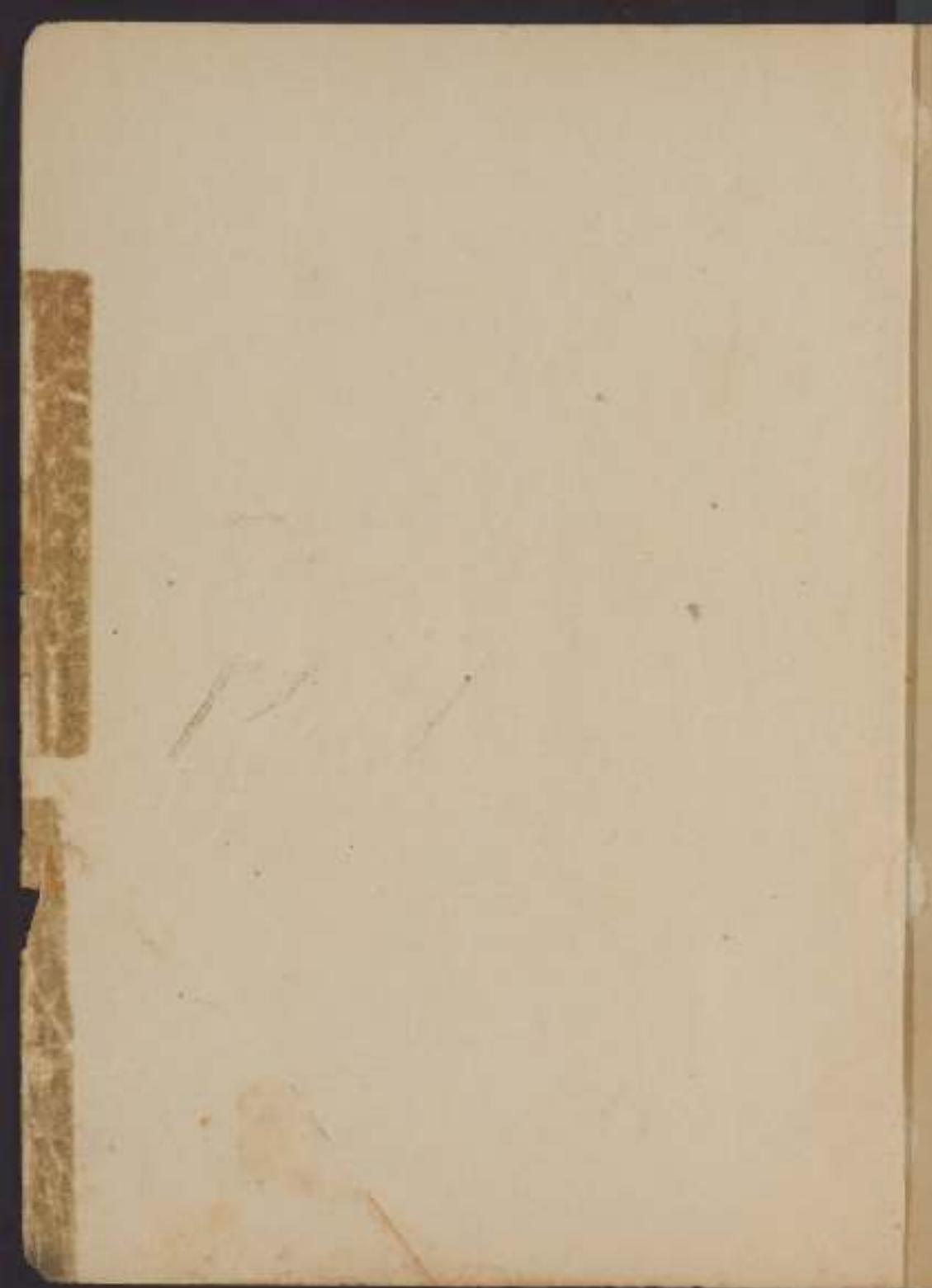
ESTO es el CIELO

1
pta



VILMA BANKY
JAMES HALL

EDICIONES BISTAGNE



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

ESTO ES EL CIELO

Comedia de HOPE LORING

Dirección de
ALFRED SANTELL

Exclusiva de
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 60-62
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagoe

INTERPRETACIÓN DE

VILMA BANKY Richard Tucker
Fritzy Ridgeway JAMES HALL
etc.

DEVIDADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ESTO ES EL CIELO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Para los norteamericanos, Ellis Island, en el puerto de Nueva York, es sólo la antesala de los inmigrantes. Para los que allí llegan con la mente llena de ilusiones y el corazón de esperanzas, es la puerta del Cielo.

Aquella mañana, las grandes oficinas de Ellis Island aparecían llenas de inmigrantes que aguardaban la revisión de sus documentos para poder entrar en la gran ciudad. Empleados del gobierno, con severa lentitud, examinaban minuciosamente los pasaportes. Una consigna oficial imponía grandes dificultades para poder resi-

dir en el país de la abundancia y del oro.

Toda aquella gente, mal vestida, cargada con un mísero ajuar, esperaba anhelante la autorización que les permitiría vivir, siquiera por seis meses, en la gran nación rica y democrática. Irian a probar fortuna antes de hundirse, tal vez para siempre, en el dolor irremediable del fracaso.

Entre los que aguardaban, figuraba Eva Petric, una preciosa muchacha que había abandonado su aldea húngara—callada y pintoresca—para ser una nota más en el gran concierto de la urbe.

Huérfana de padre y madre, sin ningún otro pariente en Hungría, había acabado por ceder a los deseos de su tío Cándido que residía en Nueva York, para que fuera a reunirse con él.

En los Estados Unidos encontraría un medio de ganarse la vida, un lugar donde poder trabajar y hacer frente a la pobreza. La situación económica de Hungría hacía difícil hallar allí una colocación.

Y Eva se había decidido a atravesar el mar, y rodeada de numeroso equipaje, se encontraba ahora sentada en uno de los pabellones de Ellis Island, esperando vieran a recogerla.

Llevaba un traje de campesina. Cubría su cabeza un pañuelo blanco, y sus grandes zapatos rudos asomaban bajo la larga falda de amplísimo vuelo. Pero en medio de esa vestidura exótica, su carita aparecía radiante, y sus ojos grandes y azules tenían un delicioso mirar...

Para entretener su larga espera y matar al propio tiempo al gusanillo del apetito, comía una torta

de notable sabor. ¡Ah, qué largo se le hacía el tiempo! Iba viendo desfilar a los otros inmigrantes hacia el cuarto vecino donde se sellaban los pasaportes y se les autorizaba para ser una recua más en el gran ejército del trabajo.

Apareció de pronto un empleado.

—¡Eva Petric!—gritó.

—Yo soy—dijo la aludida, levantándose.

—¿Tiene usted contrato de trabajo?

—No, señor. Pero mi tío tiene que venir a buscarme y él me lo proporcionará.

—Pase usted y examinaremos sus papeles.

Cargó la joven con todo su ajuar. Ocupadas ambas manos, sostenía sobre la cabeza un gran fardo de ropa. Haciendo difíciles equilibrios llegó a la oficina.

Ya desde la puerta divisó, sentado en un rincón, a su tío Cándido.

Abrió las manos dejando caer sus maletas, arrojó el fardo de su cabeza y corrió hacia su tío con el alma llena de emoción.

—¡Tío... tío!...

—¡Eva querida!

Permanecieron un momento abrazados hasta que el jefe de la oficina dió un grito ordenando a Eva que avanzara hacia él para examinar su documentación.

La muchachita, sonriente, se separó del viejo y después de mirar a otra joven que presenciaba la escena con una fría sonrisa, avanzó hacia la tarima del superior.

El tío de Eva volvió a sentarse al lado de la otra jovencita y esperó febrilmente el resultado del interrogatorio.

El tío Cándido era hermano del padre de Eva. Se había familiarizado desde hacia muchos años con los rascacielos neoyorquinos y consideraba ya a América como una segunda patria. Pero no había hecho fortuna. Era casi tan pobre como cuando se marchó de Hungría, y no tenía otros ingresos que el sueldo de su empleo de ordenanza en una gran compañía industrial.

Poco después de su llegada a Nueva York, se había casado con una muchacha del país que debía

morir algún tiempo más tarde, dejándole una hija, Olga, que era ya ahora una guapa muchacha, producto de la gran ciudad, con algunos encantos y muchísimas pretensiones.

No parecía Olga resignarse a que sus veinte años transcurrieran en un ambiente de mediocridad y soñaba con que algún caballero millonario se enamoraría de ella. Esa llama de ilusión que brotaba en su alma era la gran luz que iluminaba su juventud.

Al quedar Eva desamparada en Hungría, el tío Cándido, que no había podido olvidar su país natal, insistió mucho para que fuera a reunirse con él. A Olga no le hizo demasiada gracia la futura compañía de su prima, pero acabó por resignarse a ella, deseando tener una confidente a la que poder participar sus ensueños.

Al verla en la oficina de inmigración, no pudo menos de sonreírse del aspecto aldeano de su prima. Iba ridículamente vestida, y, sin embargo, no era fea.

El jefe del despacho examinó brevemente los papeles de Eva y

preguntó a ésta si aquel señor era realmente su tío.

—Sí... sí... es mi tío Cándido, el hermano de mi padre. El me ha llamado a su vera.

—Bien... perfectamente... Que-
da usted autorizada para residir
en Nueva York. Voy a sellarle los
papeles.

Le devolvió la documentación,
y Eva volvió a reunirse con su tío
y a abrazarle otra vez.

El buen hombre, de figura rídi-
cula y encogida, coronada por una
enorme calva, contemplaba a su
sobrina con dulce alegría, pare-
ciéndole que aquella muchacha ru-
bia le recordaba a cada paso su
tierra natal.

—¡Qué bonita eres, Eva! Te
pareces a tu madre cuando tenía tu
edad. Pero... ¡qué tonto!... Si no
te he presentado todavía a mi hija,
tu prima Olga...

—¡Olga!

Las dos muchachas se miraron
con mucha curiosidad. Olga la exa-
minó con ironía burlona, y Eva
con una profunda admiración al
verla pintada y tan chillonamente
vestida.

—Espero te será grata tu estan-
cia entre nosotros—le dijo Olga.

—¡Ya lo creo! ¡Si a nadie más
tengo en el mundo! Estoy segura
de que aquí podré ganarme honra-
damente la vida.

—¿Cómo no?

Y Olga, sonriente, se miró al
espejo de su bolso y pintóse los
labios con una barrita de carmín.

Desconocía Eva, reclusa en su
pintoresco pueblecillo, esos encan-
tos del tocador... Sonrió al ver
que la boquita de Olga adquiría
un tono de fuego, un barniz de
rosa primavera.

Hubo de expresar su admira-
ción y Olga le brindó la barrita
roja para que se pintara los la-
bios... Y por primera vez, la jo-
vencita húngara conoció de una
manera algo torpe, el frescor ar-
tificial del carmín.

—Niñas, ya os arreglaréis des-
pués—dijo el tío Cándido—. Es
tarde y estamos todavía muy le-
jos de casa.

Los tres abandonaron la oficina
y saliendo a un patio se dirigieron
a un remolcador, lleno de inmi-
grantes admitidos, que iba a zar-

par de un momento a otro, para conducirlos a la parte sur del puerto, a la misma entrada de la ciudad.

* * *

Apenas pusieron los pies sobre cubierta, la embarcación comenzó a deslizarse por las aguas tranquilas y azules de aquel soleado mediodía.

La pobre gente del barco contemplaba con ojos de infinita curiosidad lo que iba viendo. Las bocas se abrieron en un entusiasta grito al aparecer la estatua de la Libertad, la enorme matrona iluminando al mundo con su simbólica antorcha. Para los inmigrantes, el colosal monumento de piedra, parecía como si fuera también a iluminar su vida, hasta entonces triste y fracasada, pero que iba a adquirir una ruta nueva en aquel país.

Aparecieron luego los rascacielos, las enormes edificaciones de una gran urbe que tiende a la ver-

ticalidad, que faltándole ya suelo donde poder ensancharse, aprovecha el horizonte libre para levantar fantásticas torres de dimensiones escalofriantes. Casas rectilíneas, geométricas, carentes de toda gracia artística y bella, de todo aquello que en las ciudades de la vieja Europa endulza los ojos y da a la vida un ambiente de placidez y de sosiego.

Pero para aquellos seres, la ciudad de los rascacielos, esquema de la gran ciudad futura, no era más que el paraíso de ilusión que les prometía una existencia mejor.

Bailaban de júbilo ante esa ciudad que aparecía frente a ellos. Algunos hombres dejaban oír los sonos del acordeón, esa música nostálgica que parece siempre recordar el país natal.

Eva, aturdida, dejaba que su tío y su prima Olga le dijese el nombre de los más colosales edificios de Nueva York.

Llegó el momento del desembarco, y la gran riada humana, verdadero rebaño de sacrificio, entró en la ciudad.

Eva y sus parientes descendieron al metropolitano y después de diez minutos de correr por larguísimo tñeles, se encontraron en otro barrio de la ciudad.

Era el barrio de Bronx, la parte alta de Nueva York, donde por contraste, los alquileres son bajos.

Atravesaron rápidamente varias calles para dirigirse a su vivienda. Por el camino, tuvo Eva que sufrir las burlas e impertinencias de algunos chiquillos que se mofaban de su porte y de su nutrido equipaje.

Cuando ya comenzaba Eva a fatigarse, llegaron a la casa de tío Cándido, modesto pisito, sin grandes comodidades, pero donde no faltaba lo indispensable para que la vida transcurriese bien.

Eva, con el espíritu admirativo de la lugareña que no conoce na-

da, palmoteó de júbilo al encontrarse en el pisito que iba a ser en lo sucesivo su hogar. Ante una sucedora, expresó su entusiasmo, pues no había visto ninguna en su vida. Se sentó en ella, balanceándose gozosamente como una niña, y en uno de los valvenes estuvo a punto de caer.

Cándido y Olga se reían de las ingenuidades de la jovencita. Ya se ía acostumbrando a todo.

—¿Qué llevas ahí?—le dijo de pronto el tío Cándido, señalándole un monedero.

—Un bolso que pertenecía a mi madre...

—¡A ver! ¡Enseñámelo!

El viejo lo tomó con manos temblorosas, lo abrió y viendo dentro de él unos billetes, sus ojos brillaron de codicia.

Con todo disímulo fué a guardarse algunos dólares, pero Olga le sorprendió la acción y le quitó el bolso, devolviéndoselo a su prima.

—¡Guarda bien tu dinero, pequeña!—le dijo—. Porque papá te pedirá "prestado" hasta el úl-

timo dólar para jugárselo a las carreras.

—¡Oh, no exageres, Olga!—dijo Cándido.

—Te conozco, papá... Bueno, ven a tu cuarto, Eva... Me parece que te gustará la habitación que te hemos preparado.

Las dos primas entraron en la pequeña salita que iba a ser el cuarto de la forastera.

Todo sorprendía, todo seguía admirando a la húngara. Ella no había tenido nunca un cuarto tan elegante, nunca. ¡Aquella cama tan bonita, y aquel armario de luna, y aquel bello tocador!... Su imaginación corría hacia la casa aldeana de Hungría donde los muebles se caían de viejos y para mirarse no había más que un pequeño espejo roto.

Olga volvió a contemplar irónicamente el vestido de Eva y le dijo:

—Es necesario que te cambies de ropa, chiquilla. Con este traje llamarías demasiado la atención y nadie te querría.

—No tengo otro...

—Yo te daré cosas mías para

ponerte. Lo primero que debe cuidar una mujer, si quiere agradar, es el vestido. No lo olvides.

Ella misma la ayudó a quitarse la ropa y se echó a reír viendo que Eva llevaba bajo la falda cinco enaguas superpuestas.

—Pero, hija mía...—dijo sonriente—. Así vestida, nada tienes que temer de los hombres. Tu único problema es la polilla.

Eva calló, avergonzada.

—Has de ir a la moda, primita... y cuanto menos ropa... mejor... Fuera el pañuelo de la cabeza... así... El cabello no tan liso... ¿Ves?... De este modo, un poco rizado y sobre las sienes... ¡Ah... mirate al espejo!... ¿No te encuentras ahora mucho más bonita?

Eva se contempló en el azogue y fue de la misma vanidosa opinión. Sin nada a la cabeza, y con el cabello un poco ondulado, su rostro adquiriría un gran marco de belleza.

—De veras que estoy mejor... ¿Qué gusto tienes, Olga!

—Haré de tí una elegante muchacha... Y con tu cara y tu línea,

estoy segura de que pasearás en coche dentro de poco—agregó aquella mujer para quien la suprema felicidad consistía en el lujo, en la ostentación y en las joyas.

—No aspiro a tanto— se atrevió a protestar Eva—. Desco un trabajo humilde para no ser una carga para nadie.

—Debes tener ambición... Pero como hay que empezar por lo primero, procuraré presentarte en el restorán donde trabajo a fin de que te puedas colocar allí... Es un buen empleo... Y además... van muchos clientes ricos... y si una es bonita y tiene maña... se puede ca-

zar una fortuna, ¿me entiendes?

Eva no la entendía aún e ignoraba el anhelo, el ansia de riquezas y placeres que había en el alma de Olga.

Esta criatura no se resignaba al ambiente de pobreza que la rodeaba. Soñaba con las embriagueces del lujo, y mujer despreocupada, no repararía en medios, si era preciso, para alcanzar una buena posición social...

Ajena a los sentimientos de su prima, Eva, deslumbrada, se vistió su primer y elegante traje de mujer de la ciudad y se emocionó como una Cenicienta.

* * *

Algún tiempo después. Eva no paseaba en coche todavía como le había pronosticado su prima, pero ya ganaba su vida en un barrio elegante.

Estaba empleada en un restorán céntrico donde Olga ejercía el oficio de camarera. Detrás de un mostrador, confeccionaba pasteles al horno.

Se hallaba contenta con su ocupación que le permitía poder pagar su estancia al tío Cándido.

Trabajaba mucho y continuamente venían las camareras a pedirle las sabrosas tortas que ella confeccionaba y que servían de postre a los clientes.

Había que ir aprisa. Los parroquianos eran hombres de comercio, gentes de negocio que no podían entretenerse demasiado... Y reinaba en el salón restorán el febril

movimiento de las gentes que miden la vida bajo el reloj.

Entre los asiduos concurrentes, figuraba Jorge Wallace, un Don Juan millonario y maduro. Admiraba a todas las muchachas bonitas, y sentía por Olga, la prima de Eva, una especial predilección.

Aquella tarde, al pagarle la cuenta del almuerzo, Wallace la dijo al oído varias frases galantes que Olga aceptó, agradecida y feliz...

La ambiciosa hija de Cándido miró ardientemente a aquel elegante caballero que tenía por ella tantas atenciones... Luego se dirigió a reunirse con su prima y comentó lo ocurrido.

—Es un amigo mío... Se llama Jorge Wallace... ¡y es riquísimo!

—No te forjes muchas ilusiones, primita.

—¿Quién sabe? Otras menos que yo subieron.

Olga marchó a servir a otros clientes mientras Eva prosiguió en su tarea interminable y monótona.

Levantóse Jorge Wallace que había estado observando con el rabllo del ojo a aquella nueva empleada. Quedó repentinamente deslumbrado por su belleza rubia y al salir, avanzando hacia ella, le murmuró al oído:

—Si usted quiere, mi coche vendrá a buscarla a las cinco...

Eva le miró friamente y contestó sin vacilar:

—Mil gracias... pero no cambio mi "metro" por todos los "Rolls" del mundo.

Inclinóse el Don Juan y, hombre hábil, desapareció más que de prisa, lamentando su rotundo fracaso.

En el mes que llevaba Eva en Nueva York, se había adaptado perfectamente al nuevo ambiente de la ciudad.

Vestía a la moderna y nada quedaba en ella de la campesina húngara que hizo reír el primer día a las gentes. Era muy bonita y

acompañaba su belleza de una gran distinción. Su exterior había cambiado adorablemente, pero su alma se mantenía tan ingenua como antes, y no estaba dispuesta a aceptar las teorías de su prima Olga que cifraba en el lujo y en el dinero la única felicidad.

¡No, no! Ella no era así... Y su respuesta a Wallace era la firme demostración de que quería mantenerse virtuosa, honrada, resignada en la durada mediocridad de que habló el clásico...

Por el contrario, Olga sentía crecer a cada instante su ambición y había fijado sus ojos en Jorge Wallace, pensando que este millonario podría elevarla a las cumbres angustas del lujo. ¿A qué precio? Ella no lo había pensado aún... pero no parecía dispuesta a regatear demasiado...

Las dos primas se avenían bien, salvo aquel modo distinto de pensar... Y el tío Cándido, contento con tener una nueva hija en su hogar, sentía también en su alma otra clase de ambición: el juego.

No había podido hacer fortuna en América. No era más que una

hormiga insignificante en la gran urbe... Tenía para vivir, pero sin realizar ahorros... No saldría nunca, con su pequeño sueldo, de una escasez más o menos pronunciada.

Su gran ilusión eran las carreras de caballos. Apostaba en ellas cortas cantidades que perdía casi siempre, pero con la esperanza de acertar algún día y mejorar de posición. Leía continuamente los pronósticos de la prensa sobre las posibilidades de los caballos concurrentes y exponía pequeños caudales, quitándolos de sus necesidades más perentorias.

Una mañana, mientras se desayunaba, Cándido leía los últimos informes sobre las carreras del domingo. Olga y Eva acababan su breve almuerzo, ya en traje de calle para ir a su labor.

¡Ah, si pudiera apostar en las carreras del día siguiente! Pero había realizado otros gastos y se encontraba sin un céntimo.

Olga marchó a su cuarto para dar su última ojeada ante el espejo del tocador.

Acercóse Cándido a su sobrina y le dijo:

—Tú eres mi protectora, Eva... ¿Podrías prestarme un dólar o dos?

—No... no...—dijo Eva—. Debe ser para el juego, ¿verdad?

—Estoy seguro de ganar.

—Y pierde usted siempre.

—Vaya, Eva, muéstrate generosa conmigo.

Sonriente, Eva le dió un dólar.

—Con otro me expongo a ganar más—suplicó el tío.

—Y yo a perder más, tío Cándido... ¡Ah! ¿Cuándo dejará usted esa manía de las apuestas?

Pero como le quería de veras y sabía de cuanta gratitud le era deudora, le dió el otro dólar.

Cándido se dispuso a marchar. Eva le dió la gorra que él no encontraba, y el buen viejo llevando en un maletín su comida, salió para su cotidiana obligación, deseoso después de cumplir ésta, de dirigirse a las oficinas del hipódromo a hacer la apuesta de los dos dólares...

Las dos primas, frescas y bonitas como flores, abandonaron su humilde hogar y tomaron el "metro".

A aquella hora matinal, el "metro" es un horniguero humano. Millares de personas, empleados y hombres de negocios, lo toman para dirigirse a los barrios comerciales, a cumplir el deber imperativo de la obligación. Sudorosas, apretadas, jadeantes, las pobres gentes llegan molidas por la horrible incomodidad del trayecto.

Olga y Eva, a duras penas pudieron conseguir hacerse un huequito en uno de los vagones del metro, conservándose apretadas entre una imponente muchedumbre.

—Créeme, Olga... Nada tenemos que envidiar a las sardinas en conserva—comentó la muchachita húngara.

—Pero las sardinas pasan esto una sola vez..., y nosotras lo pasamos dos veces cada día.

En aquellos mismos momentos, se producía en una de las arterias de la urbe, un pequeño accidente de circulación.

Un automóvil sufrió una pequeña avería, interrumpiendo el tránsito rodado con su detención momentánea.

En vano su joven propietario, ayudado por el chofer, quiso poner el coche en marcha.

Como la avería era una cosa seria, tuvieron que remolcarlo a un lado de la acera para dejar paso al rosario interminable de vehiculos.

—Hay para rato—dijo el propietario—. Tengo prisa y no puedo esperarme. Quédate tú con el coche—agregó mirando al chofer. —Yo tomaré el "metro".

Y sin limpiarse el rostro engrasado al querer examinar antes el motor, colocóse la gorra del chofer, pues él iba sin nada a la cabeza, y se encaminó hacia las escaleras subterráneas del metropolitano.

Aquel muchacho se llamaba Jaime Randall y había nacido millonario, porque así lo había querido su destino. Pero los millones no bastaban a adular su alegría y su sencillez de menestral.

Entró en uno de los coches del metro, realizando grandes esfuerzos para lograr un huequito en él.

El vagón era el mismo en que

viajaban desde la estación de origen las dos primas Olga y Eva.

Las dos muchachitas, con el carácter burlón de la mayoría de las mujeres guapas, comenzaron a mirar a Randall que iba con el rostro y el traje manchados de lubricante.

—Fíjate en ese lampista—dijo Olga, sonriendo—. Debe de estar reñido con el jabón.

—Me parece que no es un lampista, sino un chofer...

—Tal vez... Pero no me negaras que va sucio.

Ahogaron una carcajada que llamó la atención de Jaime Randall, quien miró indiferente a aquellas dos mujeres bonitas que se mofaban de él, y las volvió despectivo la espalda.

¡De buen humor estaba él para divertirse! Y ya no volvió a preocuparse de las dos viajeras de cabeza de jilguerillo.

Tres minutos después el convoy paró en una estación intermedia. Descendió mucha gente, entre ella, Eva y Olga. Esta última, al salir rozó con su abrigo el traje manchado de Randall.

Ya en el andén, la orgullosa joven se limpió la manga de seda y dijo riendo:

—Ese chofer me ha dejado sus huellas... y no precisamente en el corazón.

—¡Pobre hombre! Lleva sobre él el signo de su trabajo.

Y no se ocuparon más del viajero, así como tampoco Jaime Randall volvió a pensar en las dos burlonas muchachitas.

Cuando éstas entraron en el restorán donde prestaban sus servicios, el director avanzó hacia ellas, reloj en mano.

—Perdón, señor... Tuvimos que aguardar para coger el metro...

—Otro día lleguen con más puntualidad... Y oígame, Eva... Hay una fiesta de beneficencia en Scarsdale... Tendrá usted que ir allí a hacer sus tortas...

—¿Hoy?

—Ahora mismo... Estará usted ocupada todo el día. Han mandado un coche para llevarla.

Y le señaló un lujoso automóvil que aguardaba ante el establecimiento.

Olga envidió la suerte de su prima y le dijo:

—¡Vas a ver una colección de millonarios, pequeña!... Procura pescar alguno... ¡y riéte de lo que diga la gente!

—¡Qué cosas tienes, Olga! Una humilde obrerita como yo...

—Eres muy guapa, y algo vale eso...

Eva, sonriente, subió al automóvil, hundiéndose cómodamente en el diván interior.

Partió el coche, produciendo a Eva una sensación de bienestar inolvidable.

¡Qué bonito era aquello! Son-

rió varias veces y alzó la cabeza con gestos de gran señora.

El chofer la observaba por el espejito del parabrisas y sonreía ante el deslumbramiento de la pobre camarera.

Ella se fijó de pronto en que el conductor la miraba y le guiñaba picarescamente un ojo... Pero la joven volvió disgustada la cabeza y sus mejillas enrojecieron como la grana.

Y el automóvil, blando y silencioso, corría velozmente ya fuera de la ciudad, para ir hacia la residencia elegante donde se celebraba la gran "kermesse".

* * *

La fiesta de beneficencia sería ensalzada con los adjetivos más brillantes por todos los cronistas de Nueva York. Y a fe que lo merecía, pues tenía un realce extraordinario y había acudido a ella lo mejor de la buena sociedad.

El restorán donde estaba empleada Eva había montado un puesto al aire libre donde se expendían tortas y café con leche... Eva, vestida de blanco, era la encargada de confeccionar y despachar los pasteles a los invitados.

Cerca se levantaban otros puestos de feria. Unos caballitos hacían las delicias de la gente monda.

La fiesta duró desde mediodía hasta la noche. Eva comió frugalmente en el mismo puesto.

Entre los asistentes al acto, figuraba Jaime Randall, que en

aquel marco "chic" se encontraba en su elemento.

El joven millonario se hallaba conversando con una aristocrática dama ya de alguna edad. Les rodeaban algunos niños.

—¿Por qué no lleva usted estos niños al "tío-vivo", Jaime?—dijo la señora, sonriente.

—Allá voy con mucho gusto.

Y dirigióse a los cercanos caballitos, instalando en ellos a las criaturas, lindos infantes de prosapia aristocrática.

Eva, desde su puesto, vió a Randall... Sus ojos parpadearon inquietos, preguntándose dónde había visto antes a aquel sonriente muchacho. No tardó en recordarlo. Era el chofer del que ella y Olga se habían burlado en el "metro".

¿Qué hacía allí? Al verle rodea-

do de niños, haciéndoles subir al "carroussel", creyó que era el chofer de una casa distinguida, cuyos dueños se encontraban en la fiesta.

Un invitado acercóse para que le sirvieran unos pasteles. Y Eva tuvo que apartar la atención del conductor.

Randall, una vez dejó instalados a los niños conversó con otro invitado, y de pronto se fijó en Eva.

La contempló sonriente, admirando la gracia distinguida de sus facciones, el óvalo encantador de su rostro claro. Recordó confusamente aquella imagen, pero sin adivinar dónde podía haberla visto.

¿Quién era? Era la joven tan fina y distinguida que pensó se trataba de una invitada más, alguna gran dama que había accedido para aquella fiesta de beneficencia a hacerse cargo de aquel puesto.

—¿Quién es esa linda muchacha?—preguntó.

—No la conozco...

—Parece extranjera. ¡Ah, apostarí a que es la princesa rusa que está en casa de los Hathfeld!

Avanzó hacia ella, convencido de que se trataba de una extranjera, pues aquellos claros y enigmáticos ojos femeninos pertenecían sin duda a una raza germánica o eslava.

Si no era una invitada, se trataba indudablemente de una de esas ex nobles moscovitas que en los grandes hoteles ponen, como reclamo, de encargadas del mostrador o de simples camareras. Pero era indudable que tenía una refinada distinción y algo exótico en su porte.

Eva sonrió, pues el supuesto chofer era un joven arrogante de muy buena presencia.

—¿Desea usted algo?—le dijo.

El acento extranjero de aquella frase convenció más y más a Jaime Randall de que tenía ante sí a una gran duquesa que tal vez había presenciado la trágica agonía del zarismo.

Inclinándose con breve reverencia, dijo:

—Me hará el obsequio de servirme un pastel... Pero... ¿no nos hemos visto ya en alguna parte, princesa?

Al oírse llamar princesa, Eva estuvo a punto de estallar en una carcajada.

—¿En el Ritz, tal vez? ¿Quizás en París?—agregó él con toda sinceridad, pues creía realmente recordar a aquella muchachita de alguno de los centros cosmopolitas que había visitado en Europa.

Eva, pensando que el chofer tenía deseos de bromear, respondió:

—Creo que no tan alto... ¿Toma usted alguna vez el "metro"?

—¿El "metro"?... Sí... sí... ahora recuerdo... Lo he tomado esta mañana, por estar mi coche en "panne"... Dejé a mi chofer con el auto averiado.

Pero no acertaba a adivinar que había sido en el ferrocarril subterráneo donde había visto a la que creía una princesa.

—¡Es curioso!... También mi coche está en "panne" desde esta mañana—respondió Eva, alegremente, dispuesta a proseguir aquella broma de grandezas.

¿Pues qué? ¿No se las echaba el mozo de hombre importante cuando no era más que un simple cho-

fer? También ella seguiría la corriente, representando el papel de gran señora.

Apareció en aquel momento la dama que antes había conversado con Randall y dijo a éste:

—Jaime, hágame el favor de ir a ver si puede hacer que funcione el "tío vivo". Los niños se impacientan.

—Ahora mismo, señora.

Eva ya no tuvo duda de lo que era el muchacho... Seguramente el chofer de aquella gran dama que le daba órdenes.

Pero Jaime Randall, sin prestar atención al equívoco, pagó el pastel y dijo, una vez se hubo alzado la señora:

—Naturalmente, se quedará usted para el baile de esta noche, ¿no es verdad?

Riendo y deseosa de continuar la bromita con el humilde conductor, Eva, que comenzaba a experimentar por él una dulce simpatía, le respondió:

—¡Naturalmente! ¿Cómo iba a faltar la invitada de honor?

Marchó Randall, seguro de que

había entablado amistad con una extranjera fastuosa...

Otro invitado se acercó a Eva para pedirle un pastel que ella confeccionó distraída, resultando la torta diez veces más grande de lo corriente.

Por primera vez comenzaba a sentirse distraída de su obligación. Algo que ella no sabía definir bien

así, empezaba a mandar en su alma.

Y Randall, una vez consiguió poner en marcha el "carroussel", fué a reunirse con otros grupos que tomaban el té. Esperaba con impaciencia el baile de la noche, donde pensaba danzar con aquella "gran señora".

...

Pasaron varias horas. Terminó la fiesta en el jardín, y los invitados entraron en la casa para bailar en los grandes salones.

Cerróse el puesto de Eva. Vino el camión del restorán a cargar los útiles de la tienda, y Eva ocupó un puesto al lado del chofer para regresar a la ciudad.

—No pase por la carretera directamente, sino por delante de la casa—dijo Eva—. Quiero ver cómo bailan.

—¡Qué capricho! No... no...

—¿Será usted amable alguna vez?

A regañadientes, el chofer, hombre rudo, accedió a pasar ante la puerta principal desde la que se veía el salón donde las parejas danzaban.

Eva contempló emocionada la rápida visión de las elegantes bailarinas y sonrió pensando que aquel chofer había asegurado que la esperaba allí dentro.

Al enfocar la carretera, el camión cruzóse con un coche de tu-

rismo. Lo ocupaba Randall que iba al lado del conductor. El millonario pudo ver a la joven en el camión.

Eva no distinguió a los ocupantes de aquel vehículo, pero Randall saltando velozmente de su automóvil, se encaramó al camión por la parte posterior.

La impaciencia le devoraba. Entonces, ¿aquella muchachita, no era ninguna princesa rusa, como él había supuesto al principio? ¿Se trataba, pues, de una humilde dependienta?

Fuera lo que fuese, quiso enterarse bien, pues no amaba realmente a la supuesta princesa, sino a la mujer poseedora de gracias incomparables.

¿Era tan bonita?

En la oscuridad, escuchó unas frases que ella pronunciaba y que le hicieron feliz.

Ajena por completo a que aquel hombre estuviera en el camión, Eva decía al chofer:

—Tomás, ¿cree usted en los flechazos de Cupido?

—No creo en tonterías...

—He conocido hoy a un chofer muy interesante...

Randall se estremeció de júbilo. Aquellas palabras le acariciaban como sedas vaporosas.

—¿Y qué?—agregó Tomás.

—Un simpático muchacho... Pero tiene demasiadas fantasías... Ha querido hacerme creer que era tan rico como Rothschild.

—Y a lo mejor deberá hasta el alquiler de su habitación.

—No sé... Pero yo no me he quedado corta tampoco... He dejado que me tomase por una princesa rusa.

—¡Qué frescura! ¿Es usted un témpano polar!

El camino era largo y Eva había trabajado excesivamente aquel día. Acabó por reclinarse fatigada en el hombro del chofer y dormir suavemente.

El camión llegó por fin al barrio de Bronx y se detuvo ante la casa donde Eva residía. Era ya muy tarde.

Randall saltó rápidamente del vehículo y corrió hacia Eva que despertaba zarandeada por el chofer. Este le decía riendo:

—Despierte, princesa... ¡Estamos en Palacio!

—¡Eh! ¿Cómo?

Agradablemente sorprendida, Eva miró al joven del metropolitano, supuesto Rotschild que sonreía alegremente.

—¿Quiere que la ayude a bajar... princesa?—dijo Randall.

—Sí... sí... y encantada de verle aquí, señor... Rotschild.

—No, Rotschild, no... Simplemente Randall...

Y le dió la mano y la ayudó a apearse, después de hacerle una gran reverencia.

La muchachita, riendo, e importándole poco que el chofer hubiese descubierto que no era más que una humilde obrera, dijo mirando a Tomás y dándose aires de importancia:

—¡A casa, Tomás!

El conductor del camión la contempló con ojos airados. ¡Era tonta la niña! ¿Qué se proponía con aquel cuento de hadas? E iniciando un gesto despectivo, dió toda marcha al motor, desapareciendo rápidamente en la oscuridad.

Quedaron los dos jóvenes con-

templándose mutuamente, con honda curiosidad... El vió su traje modesto, sencillo, que denotaba a la dependienta insignificante... Pero le pareció tan atractiva como si hubiera sido realmente una gran duquesa.

Eva, algo herida en su orgullo, exclamó al ver las miradas un poco burlescas de él:

—Está usted convencido de que es un chico listo, ¿no es verdad?

—Usted me disculpará... pero yo no podía dejar marchar así a una princesa...

—Yo no soy tonta tampoco, para que usted lo sepa. Usted ha descubierto que yo no era princesa... Pues desde el primer momento, he adivinado que no era usted más que un chofer...

—Tiene usted muy buena vista, en efecto, pero, si me permite explicarle...

—Que es usted un chofer distinguido, ¿no es eso?

Randall vaciló, pero encantado de la dulce aventura que se ponía a su alcance, se dispuso a mantenerse en su original papel.

—Bien... Usted lo ha dicho...
No soy más que un chofer...

Ella, contenta de haberle podido humillar, dijo, burlona, repitiendo las frases que Randall pronunciara en la fiesta:

—¿No nos hemos visto ya en alguna parte?

—Pero... —respondió Randall, un poco confuso.

—¿En el Ritz tal vez? ¿Quizás en París?

—No bromee usted más. Yo la tomé efectivamente por una princesa rusa.

En aquel momento un lujoso automóvil paróse ante la casa. Bajó Olga de él, despidiéndose de un caballero, el elegante Jorge Wallace, con quien había estado cenando.

Marchó este millonario en su automóvil, y Olga, que vestía un deslumbrante abrigo de pieles, se detuvo ante su prima y Randall.

Olga se sentía feliz. Se había decidido finalmente a aceptar la galante invitación de Jorge Wallace, y por primera vez, había entrevisto las seducciones de la riqueza. Aquel famoso Don Juan sabía

hacer bien las cosas. Como demostración de su cariño había regalado a Olga un abrigo encantador.

Las dos primas se miraron un instante, y a Eva le extrañó el soberbio gabán que Olga llevaba.

¿Había, pues, algo entre Wallace y Olga? ¡Esta tenía tanta ambición, era una cabecita tan ligera!... Pero sin preocuparse demasiado de ello, dijo:

—Señor Randall, le presento a mi prima Olga.

Se saludaron fríamente sin que Olga pudiera recordar de quién se trataba. En cambio, Randall reconoció a la muchachita que tenía delante como a la burlona viajera que en el "metro" se había divertido a su costa.

—¿Quién es ese chico? —preguntó Olga con gesto desdeñoso.

—¿No te acuerdas de él? Es el chofer que vimos en el "metro" esta mañana.

—¿Un chofer?

Y acentuó su desdén.

—Sí.

—Para mí que vengo de pasar unas horas con millonarios, no tiene mucho interés la presentación

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

de un chofer—dijo a su prima en voz no tan baja que no pudiera ser oída por Randall.

Este sonrió de modo helado, dispuesto a humillar con la verdad a la imprudente criatura. Pero acabó por guardar silencio, sin preocuparse de otra cosa que de su dulce aventura con Eva.

Olga arrebuñose más y más en su abrigo de pieles y entró en la casa, despidiéndose con estas palabras cortantes:

—¡Buenas noches... chofer!

Cuando Olga hubo desaparecido, Eva se despidió también de su amigo con dulce amabilidad, sin guardarle el menor rencor por haberle hecho creer que era millonario. En verdad no podía recriminarle, pues ella también siguió la broma pasando por una princesa.

Y al fin y al cabo no eran más que dos honrados menestrales, que se ganaban la vida con el sudor de su frente, pero que tenían la riqueza inestimable de su juventud y un

tesoro todavía mayor que ya presentían misterioso...

—¿Podré alimentar la esperanza de volver a verla?—preguntó él acompañándola hasta el último rellano de la escalera.

—Tal vez—respondió bajando los ojos.

—¿Mañana por la noche?

—Tal vez.

—¿Y pasado mañana?

—Tal vez...

—¿Y el otro... y el otro... y el otro?

—¡Oh, oh, qué lejos va usted! ¡Adiós... adiós!...

Sus manos se acariciaron unos momentos. Eva entró en su casa cerrando la puerta con suavidad. Y Jaime Randall, inundado por una felicidad nueva y desconocida, anduvo lentamente por las calles, riendo a solas de la maravillosa aventura que al convertirle en un honrado obrero le hacía héroe de una incomparable y futura novela de amor.



Pasaron los días... Proseguía el idilio... Y unas veces en el teatro, otras en los cafés húngaros de los suburbios, veía Eva deslizarse veladas inolvidables...

Jaime Randall mantenía cuidadosamente su secreto. Y era feliz al verse adorado por una criatura que le creía un pobre obrero que sólo ganaba un misero jornal.

En su vida de sociedad había encontrado tantas mujeres que quisieron acercarse a él atraídas únicamente por los espejuelos de la riqueza, que la ternura de aquella mujercita húngara que le amaba exclusivamente creyéndole pobre, le producía una divina sensación.

No, no se lo habían dicho todavía... pero se amaban... Lo proclamaban en silencio sus ojos, la continua compañía, la unidad de sus pensamientos y de sus almas...

Y ella se sentía deslumbrada por

la fidelidad de aquel simpático muchacho que no era todavía su novio. En su imaginación juvenil se formaban ensueños de gloria.

Por su parte Olga seguía sus relaciones con Jorge Wallace. Sólo ella sabía a qué precio... Y reprimaba a su prima que perdiera miserablemente el tiempo con un pohretón sin porvenir.

Ajeno a los sentimientos de las dos mujeres, tío Cándido seguía con su eterna manía de jugar a las carreras... Perdía constantemente como bajo el influjo de un maleficio. Si alguna vez Eva le prestaba unos dólares para apuestas, perdía también sin variación alguna.

Un domingo en que Eva tuvo descanso en el restorán, ella y Randall se dirigieron a un café húngaro que era un rincón de la añorada patria perdida.

Había mucha gente. Con difi-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cultad encontraron una mesa vacía. Para Randall aquello era un lugar exótico. En cambio, Eva se enternece dentro de aquel café que parecía transportarla a su lejano país.

Los "tziganes" tocaban deliciosas músicas de la patria y elegantes valseas nostálgicas de esos que conmueven el corazón...

Pasó un violinista haciendo filigranas con su instrumento y arrancando grandes ovaciones.

El público seguía entonando las canciones y aplaudía a rabiar todos los recuerdos de su patria.

Cuando acabaron una canción Eva dijo algo a un músico que acertó a pasar ante ella. Le habló en idioma extranjero y Randall quedó sin comprender...

—¿Qué le has dicho?—preguntó después que el músico se hubo alejado.

—Le he pedido que toque una canción de amor de mi país. ¡Verás qué cosa tan bonita!

La orquesta dejó sonar las primeras notas de una melodía de amor. Instantáneamente se hizo el silencio, como si aquel preiudio to-

cara ya el corazón de todos los presentes. Un silencio profundo, de oratorio, el silencio en que se desarrollan las grandes devociones del espíritu, reinó en el café.

Todo el mundo enmudeció, prestando atento oído a aquella romanza que evocaba el culto de la patria y el eterno sentimiento del amor, embriaguez incomparable que todos, todos han sentido...

A medida que iba desarrollándose la música, se hacía más intensa la emoción general. Había viejos que lloraban, porque aquella canción era la misma que habían escuchado allá en su juventud, que habían cantado tal vez a la amada novia inolvidable. Otros hombres miraban a sus esposas y novias que tenían cerca y parecían idolatrarlas con su devota ternura.

Era una melodía dulce y temblorosa como el grito de un pájaro herido. Algunos derramaban lágrimas... ¡Ay, la dulce amada de los años juveniles! "Todo en amor es triste... pero triste y todo es lo mejor que existe", decía nuestro poeta Campoamor...

Uno de los concurrentes perma-

nació cubriéndose las orejas con las manos. Acaso tenía miedo de que aquellos músicos, en ambiente exótico, destrozaran la pureza de la canción, acaso también, no quería percibir los sonos de aquella melodía que le atravesaba el alma como un cauterio... Amur, mujer querida, desengaños... Era preferible hacer el sordo para no sentirse conmovido nuevamente.

Eva, reclinada en el mullido asiento, junto a Randall, oía emocionada aquella tonada amorosa, siempre nueva y siempre vieja. Contagiado por el mismo ambiente, Randall miraba a su compañera.

El arte es universal... y la música llegaba a todos los corazones enamorados...

Llevaba Eva una rosa encarnada en la mano, una rosa como un corazón. Sus ojos se cruzaron con las ardientes pupilas de su joven amigo, ojos de irresistible languidez, iluminados por una llama de amor...

Los violines sonaban ahora dulcemente, como hilos de un surti-

dor. Eran como susurros, como hisbíscos amorosos.

Eva besó la rosa y luego, dulcemente, como movida por un poder superior, la acercó a la boca de Randall y éste besó los pétalos de fuego con igual devoción que si besara los labios de su enamorada.

¿No era aquella rosa la propia boca de Eva? ¿No tenía la misma divina suavidad que el fuego juvenil de los labios de mujer?...

Después, en silencio, apartando ya la rosa, sus labios fueron acercándose, y se besaron con una dulzura casta.

—La amo a usted, Eva... ¿Quiere usted ser mi esposa?—murmuró él.

—Sí... Yo también te amo...

Cesó la música de repente, como si después de aquel beso de declaración ya hubiera efectuado su cometido.

Y de nuevo volvieron a reanudarse las conversaciones y algunas lágrimas fueron enjugadas furtivamente, pues nadie quería que las ocultas melancolias del amor fueran descubiertas por los demás.

Randall pensó si sería conve-

niente manifestar a Eva que poseía millones y era una de las principales fortunas del país... Pero temió que ella, al enterarse de su riqueza, tuviera miedo de perder aquella felicidad. Además, Randall al sentirse amado por sí mismo, por lo que él era, se enternecía... No, no... nada diría por ahora. Era preciso esperar, aprovechar la ocasión oportuna para descubrir la realidad. No había temor de que se pusiesen obstáculos por la diferencia de clases. Randall era huérfano y toda la fortuna le pertenecía sin tener que pedir a nadie consentimiento para la boda.

Llamaron al camarero. Era ya muy tarde. Pagó Randall la cuenta y sin acordarse de que estaba realizando papel de "pobre", depositó mucha propina junto al importe del menú... Eva, mujer prudente y de dotes ahorrativas, que sabe que sólo de esta manera consiguen los pobres obtener sus deseos, dijo retirando una parte de las monedas.

—No, no des tanta propina... Si vamos a casarnos, es preciso hacer economías.

—Tienes razón — dijo él, sonriente—. Y lo malo es que yo no cuento más que con mi sueldo de chofer... Oye, Eva, ¿cuánto te parece que necesitaremos para casarnos?

—Por lo menos quinientos dólares.

—¿Qué fortunón!

Y se reía mientras la ingenua compañera hacía cálculos sobre lo que cuesta la instalación de un piso de recién casados.

¡Quinientos dólares!, pensaba Randall. ¡Cuántas veces él los había gastado en una noche de diversión!... Y para los pobres, quinientos dólares significaban la casita amorosa, las pequeñas comodidades, la ilusión de que nada falta en el pisito matrimonial... ¡Ah, qué buenos son los míseros que no se quejan de las desigualdades humanas!

—Ya sé una cosa que podemos economizar: el anillo de compromiso — dijo Eva—. Puedo prescindir perfectamente de él.

—¡Gracias, chiquilla! Hay que economizar. Por el momento, qué-

date con mi sortija... hasta que consigamos ser ricos.

Y quitándose un anillo de oro, lo puso en un dedo de Eva...

—¡Qué bueno eres, Randall! Yo ahorraré tanto como pueda... Hazlo tú también para que podamos casarnos pronto...

—Sí, mi bien.

Abandonaron el café y regresaron cogidos del brazo por las vías

céntricas hacia la casita en que ella habitaba con sus parientes.

Aprovechando los trechos de obscuridad, se besaban con la ilusión que sólo pueden comprender los verdaderos enamorados...

La gran ciudad nocturna parecía exhalar un dulce perfume, como una inmensa rosa de fuego que quisiera aromar la felicidad de aquella pareja humana.

• • •

Randall siguió durante muchos días la encantadora fama de su pobreza. Cuando hay tanta gente que sonríe vanidosa y se cree feliz por poder aparentar una riqueza que no tiene, Randall, por el contrario, encontraba en su existencia de supuesto obrero, la mayor felicidad.

Aquel atardecer, como siempre, Randall se dirigió a buscar a su novia a las cercanías del restorán.

Bajó de su lujoso automóvil en una esquina muy apartada de aquel establecimiento.

—Vuelve aquí a la hora de costumbre—dijo a su chofer.

Y encasquetándose una gorra que le daba aspecto de conductor o de mecánico, se dirigió lentamente hacia el sitio donde Eva no tardaría en aparecer.

Eva le estaba ya aguardando. Le extrañó a Randall verla hablar con un chofer y examinar los dos un antiguo coche de taxímetro.

Avanzó hacia ella, y la muchachita, estrechándole ambas manos, le dijo con la alegría del que va a causar una gratísima sorpresa:

—Ya te he encontrado la ocasión de establecerte... por nuestra cuenta, Jaime...

—¿Cómo?

—Sí. Nos venden este taxi... Así no dependerás de nadie... y podrás ganar dinero exclusivamente para ti.

La aventura se complicaba, pero Randall sonrió dispuesto a seguir haciendo su envidiable papel de pobrete.

—Cuatrocientos dólares, y me arruino—dijo el chofer—, pero necesito dinero para traer de Alemania a mi mujer y a mis hijos... y por eso lo vendo a cualquier precio.

—Veamos el coche... Tal vez sea una oportunidad, Eva.

Randall examinó el motor del vehículo y aunque le pareció bastante usado, cerró trato sin vacilar.

Quería seguir dando a Eva la sensación de que él iba a formarse una posición por sus propios medios.

—Me quedo con el coche.

—Tendrán ustedes que entre-

garne algo a cuenta—dijo el chofer.

—¡Oh, naturalmente!

Firmaron allí mismo el contrato de venta, y Randall entregó a su novia unos billetes, ocultando rápidamente en el bolsillo el resto que llevaba y que ascendía a mucho más de quinientos dólares.

Eva dió al chofer la cantidad a cuenta.

—Bien, señores—dijo el antiguo dueño—. Y no dejen ustedes de tener el resto el día que termine el plazo.

—Se pagará puntualmente.

Dueños ya de aquel taxi que para Randall nada significaba y que era para Eva la solución que les haría ganar dinero, subieron a él y se dirigieron a casa de la joven.

Antes de subir a su hogar, Eva se detuvo junto al coche, como si fuera un juguete soñado.

No vieron ni a tío Cándido ni a Olga, pero éstos no ignoraban las relaciones que tenía Eva con un chofer... Olga se reía de ello, pareciéndole absurdo que su prima perdiese así el tiempo, mientras

que tío Cándido aprobaba la determinación de su sobrina, pensando que cada uno debe casarse con gentes de su clase. ¿Qué eran ellos sino humildes obreros aunque Olga se empeñara en lo contrario?

Eva miró a su novio y le dijo dulcemente:

—Jaime, tenemos que ahorrar centavo a centavo para pagar nuestro taxi.

—¡Figúrate si no pudiéramos pagar! ¡Oh, a mí me queda todavía un billete!... Guárdamelo tú... Serás la depositaria de mis ahorros.

—Estrenaremos una caja de caudales...

Cogió Eva una caja vacía de tabaco y depositó el primer billete. Ya vendrían más... Nadie economiza tanto como los enamorados.

Olga salió de su cuarto y presentóse ante ellos. Iba con el lujoso abrigo de pieles, regalo de Wallace, y llevaba en la mano una maleta.

—¡Olga, mira qué coche hemos comprado, mira! ¡Lo pagamos a plazos, pero pronto será nuestro! —dijo Eva con entusiasmo lleván-

do a su prima hacia la ventana y obligándole a mirar el desvencijado vehículo parado frente al edificio.

—¡Bah! —respondió Olga alzando despectivamente los hombros—. ¡Qué tontina! ¿Ves ese coche que está junto al tuyo?

—¿Ese tan lujoso?

—Sí... ese tan lujoso... ¡Pues es mío... y además todos los vestidos que quiera... y además, un piso estupendo!

—Pero, Olga...

Miró Eva el magnífico automóvil que parecía humillar con la elegancia de sus líneas y su soberbia carrocería el coche humilde, el taxi de los dos enamorados.

Después se volvió y contempló asustada a su prima que tenía una excitación extraña.

¿Qué significaban aquellas palabras que acababa de pronunciar?... Trajes... un piso... La vio vestida con un lujo asiático y con la maleta delatora de su marcha.

—Comprendo, Olga... pero... ¿qué vas a hacer?... ¿Te has vuelto loca? ¿Es que vas a abandonar a tu padre?...

—Tengo en mi mano la oportunidad de hacerme una gran dama, y no voy a cometer la simpleza de desperdiciarla.

—¿Y con quién te vas?

—Jorge Wallace es mi amigo... ¿Qué quieres? Un hombre ruboso que no escatima el pago de los favores—dijo con un cinismo atroz que causó a Eva un verdadero daño físico.

Los dos mujeres se contemplaban frente a frente: con insolencia y altanería la una, aquella que dejaba a un lado conveniencias sociales y se entregaba a una vida de inmoralidad con el deseo de poder vivir entre riquezas; triste y dolorida la otra, la criatura humilde que resignada con su suerte, no aspiraba a otra riqueza que la inestimable del verdadero amor.

Randall avanzó hacia la pecadora y pareció ir a reprocharle su escandalosa conducta, su proceder, del que siempre, siempre, se arrepienten después las mujeres que optaron por descender la pendiente fatal.

Pero Olga, contemplándole con orgullo, sin querer consentir que

un pobre obrero pretendiera darle lecciones, le dijo:

—¿Tiene usted acaso algo que objetar?

—¡Demasiado!

—No necesito sus consejos... Y lamento haberle conocido, de verdad. Un simple mecánico como usted no tiene derecho a desbaratar el porvenir de Eva.

—¡Habla usted de porvenir! Me gustaría ver cómo será el suyo...

—¡Envidiable!

Y volviéndose hacia su prima que tenía que esforzarse por no llorar, agregó:

—No olvidea, pequeña, que aquello de "contigo pan y cebolla" no es más que una frase pasada de moda...

—¡Cómo se equivoca usted!—dijo Randall.

Olga avanzó hacia la puerta y ya junto a ella se volvió, y dijo, remarcando la frase, como si quisiera establecer diferencias entre toda una "gran señora" y un humilde hijo del trabajo:

—¡Salud... chofer!

Cargó la joven con todo su equipaje.



...abandonaron la oficina...



Recaba bajo la falda cinco suaves
superpuestas.



— ¡De este modo, se poco rinde...



«confecciona pasteles al horno».



«Ah, si pudiera apostar en los carre-
res del día siguiente!»



...alguien le dice...



— ¿No nos hemos visto ya en alguna parte?



— Le he pedido que toque una canción de amor de mi país.



Eva besó la rosa y luego la acercó a la boca de Randall...



...subieron a él y se dirigieron a casa de la novia...



...se detuvo junto al coche...



— ¿Te has vuelto loca, Olga?



— ¿Me perdonaas, Eva?



— ¿Tu aboget te ha hecho alguna traxada?



— Pero... jaimé... ¿qué es el Clato?

—Olga, no te vayas...—suplicó Eva.

—Es inútil. Mi *auto* me espera... Y cuando despiertes de tu sueño, ve a buscarme, Eva. Yo te proporcionaré el tipo que te conviene.

—No sucederá esto jamás. No conoce usted a Eva.

—Eso sucederá más tarde o más temprano, joven. No lo eche en olvido.

Y salió, mientras los dos novios se acariciaban, como si ante ellos hubiese pasado el espectro de una amenaza.

Olga descendió furtivamente la escalera y se detuvo de repente al ver aparecer a su padre.

Aquel pobre hombre que no se cuidaba demasiado de la familia, dominado por la eterna monomanía de las apuestas, miró extrañado a su hija que no vestía su traje habitual, sino un abrigo magnífico, de esos que él sólo había visto en los escaparates de los grandes almacenes... Olga llevaba una maleta en la mano, y aquello estremeció a Cándido, haciéndole ver la verdadera realidad:

—¿Qué es eso? ¿Dónde vas?
Con desfachatez inaudita, la pecadora respondió:

—Perdóname, papá... pero no puedo aguantar más esa pobreza... Estoy hecha de otro modo... no quiero agostar mi juventud.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca, Olga? ¿Es que hay algún sitio mejor que tu propia casa? Yo estoy soñando... pero, no... no... Entra otra vez en el piso y hablemos...

—¡No, papá, no me vuelvo atrás!... ¡Estoy cansada de sufrir miserias y quiero vivir mi vida!

—Olga... niña... no... no quiero...—decía desesperadamente.

Pero aquella mala mujer rechazó los brazos venerables de su padre y prosiguió bajando la escalera, sin importarle el sollozo desgarrador del anciano que con los brazos extendidos murmuraba, sin darse aun suficientemente cuenta de su infortunio:

—¡Olga... niñita!... Vuelve... Algunos vecinos se asomaron a las puertas, cuchicheando sobre aquella desgracia.

¡Pobre viejo! ¡Ah, él se tenía

la culpa! ¡Si de pequeña la hubiera corregido, no habría salido tan mala pécora como era!

Y el desdichado Cándido, cuyo nombre parecía rimar perfecta-

mente con su temperamento, entró en su casa para abrazar a Eva y pedir a esa pobre y buena mujer-cita el calor filial que le negaba la hija de su sangre.

Transcurrían las semanas... El taxi de Jaime Randall no se movía naturalmente del garage... Pero el chofer del millonario se cuidaba de él, haciéndole andar en el propio garage para que el taxímetro marcara supuestas recaudaciones.

—Házele subir hasta cuarenta dólares—le dijo el primer día—. Tengo que "ahorrar" trescientos lo más pronto posible.

Y el chofer hacía trabajar el motor con insistencia hasta que marcaba la cifra conseguida.

Eva iba todas las noches al garage al salir del restorán y se enteraba por sus propios ojos de lo

que marcaba la recaudación del día.

Eva guardaba en su casa, en la caja de tabacos, el dinero que era posible "ahorrar". Los billetes iban aumentando de día en día... Y cuando la "caja de caudales" guardó ya la suma de trescientos ochenta y cinco dólares, los dos jóvenes decidieron casarse.

Con aquel dinero pagarían el resto del importe del taxi y además podrían alquilar un pisito.

Y una mañana, los novios acordaron su boda para el día siguiente, con la facilidad con que en América se determinan esos grandes acontecimientos.

Eva había preparado una sorpresa a su bienamado. Y aquel día al salir del garage, se dirigieron a una modesta casita, en uno de cuyos pisos amueblados pensaban instalarse.

La patrona les entregó la llave del pisito. Era la dueña una mujer solterona que se enternecía ante los amores de los demás. Sabía ayudarles con una complicidad de pobre sacrificada, relegada a segundo término.

Los novios entraron en el pisito. A una indicación de Eva, Randall cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta que su novia se lo ordenó.

Randall vió unas habitaciones amuebladas sencillamente, con el gusto algo chabacano y vulgar de todas las casas de huéspedes.

—Le he dicho a la patrona que nos quedaríamos con este departamento, si a ti te gustaba—dijo ella, con alborozo.

—¡Ya lo creo! ¡Es encantador!

Y sonreía alegremente viendo aquella sencillez, aquella modestia que contrastaba con lo que él po-

día proporcionar a la novia de su corazón.

Examinaron el ajuar, que a Eva le pareció el colmo del lujo y de la felicidad. Randall gozaba viendo retratado el júbilo en los ojos azules de la novia.

Se fijaron en un sillón que estaba un poco torcido y parecía caerse de viejo.

—Los últimos inquilinos se sentaban en este lado—dijo ella—, pero nosotros nos sentaremos en el otro, y así se restablecerá el equilibrio. ¿No te parece?

—Todo lo que dices, me está bien—respondió.

Y pensaba en el lujo a que tenía derecho, por sus millones... pero deseaba retardar este momento de la verdad, pues nada le encantaba tanto como aquella aventura que le hacía ser un obrero, conocer la ignorada felicidad que se oculta en los hogares humildes y que muchas veces supera a la dicha problemática de los grandes caserones.

Fueron examinando el mobiliario... Vieron de pronto que la alfombra estaba un poco agujerea-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

da y pusieron en ella una mesita para ocultar el desgarrón.

Riendo de aquella mediocridad, Randall se sentó en un sillón y estuvo a punto de hacerlo caer.

—Tienes que poner cuidado, Jaime. De lo contrario, en dos días, nos quedamos sin mobiliario.

—Y hay que conservarlo todo bien... Nosotros no somos ricos, no hay que olvidarlo.

—¿Te gusta eso?

—Nunca soné una cosa así... Puedes creerlo.

—Pues ahora ven a ver qué vecindario tenemos.

Se acercaron a la ventana y vieron en la otra parte de la acera un magnífico palacio ante cuya puerta había un rótulo anunciador.

—Esa casa está en venta, Jaime... Cuando tú seas dueño de una compañía de taxis, viviremos en una parecida...

—¿Ambiciosilla!

Volviéron a mirar el mobiliario y a recorrer los distintos departamentos del piso.

La cocina era tan estrecha que apenas cabían dos personas...

Eva vió un pequeño jarrón, de

esbelto cristal, y corrió a ponerlo sobre una mesita. Allí tendrían siempre rosas, la flor favorita de los enamorados.

—Aquí pondré cada día una rosa encarnada en recuerdo de nuestro amor—dijo Eva.

Randall la estrechó entre sus brazos y le dijo de pronto:

—¿Te gustaría de veras vivir en una casa como la de enfrente?

—¡Sería mi sueño dorado, Jaime!

Pero, distrayéndose de aquella conversación tan hipotética, tan alejada de la realidad, según ella pensaba, continuó arreglando el mobiliario y mejorando su colocación según su gusto femenino.

Volviéron a besarse. Iban a casarse a la mañana siguiente. Se prometían a cuenta anticipos sabrosos de su amor.

La patrona les sorprendió cambiándose un beso y sonrió con bondadosa complicidad... ¡Dulces enamorados, qué felices eran! Ella con sus cincuenta años de vida no había probado otros besos que los de su gato.

Los novios, cogidos del brazo, se dirigieron a la calle. Randall volvió a fijarse en la magnífica casa cerrada que se vendía.

—Eva—le dijo muy seriamente—. Desde ahora te prometo que compraré esa casa para ti.

—Pero han de pasar muchos años... aún... muchos...

—¿Quién sabe!

—¿Oh, cuán aprisa vas!...

Tenían el taxi ante la puerta, pero Randall no se acordó de él,

y fué a proseguir a pie su camino por la acera.

La joven tuvo que advertirle, cariñosa:

—Te olvidas de nuestro tesoro, de lo que nos da el dinero para vivir.

—Tienes razón... Distráido con la casa...

Y subieron al automóvil y para evitar que alguien lo alquilase, Randall, sonriente, bajó con prudencia la bandera.

Para el tío Cándido, el dolor de haber perdido a su hija se traducía en un aumento creciente de su pasión por las carreras.

Jugaba con verdadero ahínco, deseando atesorar dinero. Era su única distracción en la tragedia de su vida paternal.

Aquel anochecer leyó en el periódico una noticia que le causó una contrariedad inexplicable.

CARRERAS DE BELLMONT

Caballo Alloy descalificado.

Perdió su jockey en la última vuelta.

El viejo cubrióse el rostro con las manos, como si acabase de sufrir una pena profunda, algo de incalculables consecuencias.

¡Ah, las sorpresas del juego!
¿Quién podía pensar que aquel

caballo favorito pudiera perder?...

¡Y él que jugaba tanto en esta apuesta que tenía todas las probabilidades favorables!...

¿Qué había hecho?

Se estremeció al escuchar pasos... Una honda lividez cubrió sus mejillas al ver llegar a Eva.

—¡Buenas noches, tío!—dijo ella riendo—. Cierra los ojos que te voy a dar una sorpresa.

—¿A mí?

Acobardado, miedoso, hizo lo que le mandaban, y la joven puso en sus manos un papel.

—Ya puedes abrirlos... y lee.

El anciano pasó sus ojos por aquel papel, pero tan emocionado estaba que no acertaba a coordinar sus frases.

—¡Es mi licencia de matrimonio! ¡Mañana seré la señora Randall! Hemos decidido casarnos... mañana mismo... ¿Verdad que esto no te incomoda?

—Ya sabes que no... que sólo quiero que seas feliz... y Randall es un buen muchacho...

Su voz temblaba... Eva creyó que aquella emoción era debida a

la idea de tener que separarse de su lado.

—No te asustes, tío... Jaime dice que tú tienes que venir a vivir con nosotros.

—¡Qué bueno es tu novio, Eva! Sonó el timbre.

—¿Quién será?

Corrió gentilmente a abrir la puerta y vió al chofer que le había vendido el coche y que venía a percibir el último plazo. Iba acompañado de su mujer y de su hija, recién llegadas de Alemania.

—Vengo solamente por el dinero del taxímetro—dijo el chofer.

—El plazo no termina hasta mañana. Pero no importa; tengo ya reunida esta suma.

—Es una delicia tratar con usted.

—Aguarde un momento. Voy a darle el dinero.

El tío hizo un movimiento de horror, sus labios castañetearon... Hundióse más y más en el sillón, deseando desaparecer, hundirse bajo la tierra.

¡El dinero! ¡Ah, cuán miserable había sido!...

Eva, sonriente, se dirigió a su cuarto, abrió uno de los cajones de la cómoda y extrajo la caja de tabaco que estaba envuelta en un paño nuevo.

Allí guardaba sus economías, allí estaba el dinero que serviría para abonar el segundo plazo del taxi y pagar el pisito amueblado que iba a albergar su amor.

Con verdadera ilusión abrió el paquete, deseando que el coche fuera ya de la exclusiva propiedad de ellos... Pero al levantar la tapa, vió con enorme sorpresa que el interior estaba vacío.

¡El dinero había volado!

Se levantó vacilante, sin acertar a comprender aquel enigma, aquel robo que iba a echar por tierra todas las ilusiones de su vida.

Asustada, volvió al comedor y vió al tío Cándido que quería ocultarse, empequeñecerse más y más en el sillón, como un ovillo.

Sus ojos le miraron con honda severidad y él bajó los suyos, como el culpable a quien se descubre de modo fehaciente su falta.

¿Había sido él... él?... Fijóse en su lividez, en el temblor que

le agitaba las manos... ¡No había duda! Tío Cándido había usado de un dinero que no le pertenecía.

Le contempló con hondo reproche, mientras el viejo movía los labios como pidiendo perdón.

Eva, sobreponiéndose al dolor del inesperado infortunio, dirigióse al recibimiento ante cuya puerta aguardaban alegres y confiados, el chofer y su familia.

—No... hoy no puedo pagarte—dijo con turbación—. No tengo aquí el dinero.

El vendedor la miró con altanería, disgustado por aquel cambio de parecer. ¿Es que no tenían ahorrada aquella cantidad?...

—Mañana quiero mi dinero o me llevo el taxi—amenazó—. No estoy para contemplaciones ni engaños.

Y se alejó furioso mientras la joven exclamaba con voz casi imperceptible:

—Mañana... mañana se le pagará...

Eva volvió al comedor.

El tío Cándido corrió a su encuentro. Vió que la pobre mucha-

cha lloraba con profunda desolación, y sus manos se juntaron en un ademán angustioso:

—¡Perdón... perdón!...

—¿Por qué has hecho eso?...
¿No sabías que ese dinero era sagrado?

—No hay disculpa para mí, ya lo sé... Lo he apostado a las carreras... porque quería ganar mucho, mucho para comprar cosas bonitas para Olga... porque creía que así volvería...

La evocación de aquella hija cruel enterneció a Eva. ¡Pobre viejo! En aras de su desesperado amor paternal, había usado de un dinero que no podía pertenecerle. No le recriminó más, y sus blancas manos acariciaron aquella cabeza cana.

—¿Me perdonas, me perdonas, Eva?

—Tío, tío Cándido, sí... Pero, ¿qué va a ser de mí, de mi felicidad? ¿Cómo pagaremos el taxi... y la casita que he alquilado?

—¿Qué loco, qué infame he sido! ¿Cómo podría yo devolverte ese dinero?... Por Dios, que tu novio no sepa la verdad... Me cree

tan buen hombre que me caería la cara de vergüenza.

—No temas, Jaime no sabrá nada. Yo veré de arreglarlo...

—¿Qué vas a hacer? ¡Ah, no merezco estar vivo!

La joven meditó unos instantes y luego se serenó acariciando a su tío.

—Ya tengo la solución. Voy ahora mismo adonde puedo encontrar el dinero.

—¿Quién te lo prestará?

—No te preocupes... Volveré con él.

Y sin querer darle ninguna otra explicación, arreglóse febrilmente y salió de la casa.

No quiso tío Cándido preguntar nada más... ¡Estaba tan dolorido, tan impresionado por lo que había hecho!... Tal vez alguna amiga le dejara aquella cantidad.

¡Ah, toda su vida estaría ahorrando para devolver aquellos dólares sagrados de los que había hecho tan mal uso! No jugaría nunca más... Se quitaría el pan de la boca para restituir la cantidad robada.

¡Lo juraba!

* * *

Mientras tanto, Jaime Randall, dispuesto a dar una inmensa y agradable sorpresa a su esposa, acababa de comprar, con vertiginosa rapidez, el magnífico caserón que había producido los entusiasmos de Eva.

Se había instalado en aquella casa y daba órdenes a capataces y encargados para que dejasen listas en pocas horas todas las habitaciones del palacete.

—Tome usted cien obreros, si es preciso—dijo al encargado general de las obras—, pero esta casa ha de estar completamente a punto para mañana.

—No hay tiempo material, señor.

—Lo necesito... Arréglense como puedan...

Se comenzaron a cruzar órdenes telefónicas y verbales, avisá-

ronse legiones de trabajadores, albañiles, carpinteros, mueblistas, y todos se aprestaban a dejar como nuevecito el soberbio edificio que iba a albergar un primer amor.

Y Randall se frotaba las manos de contento, pensando en el deslumbramiento de aquella muchachita virtuosa y dulce que le amaba sin sospechar la posición social de su novio, conformándose con la sencillez del que creía un simple trabajador.

¡Admirable criatura! Más admirable aún, puesto que tenía el ejemplo contrario y pernicioso de su prima, la perversa Olga que la había aconsejado siempre buscarse un "buen acomodo"...

Randall la quería de veras y se enternecía pensando en la sorpresa que iba a tener aquella carita de rosa al descubrir la verdad.

A la misma hora, Eva se había encaminado al lujoso pisito donde estaba perfectamente instalada, como una gran entretenida, su prima Olga.

Conocía las señas de su prima, por habérselas dado Olga un día que se encontraron en la calle.

Y a pesar de la humillación que significaba para la honrada muchacha pisar el santuario de una pecadora, de una mujer que había olvidado la familia para ser la amiga de un millonario, Eva se decidió a ir, pues se trataba de su felicidad.

¡Ah, acaso aquel dinero ganado de modo tan infame por Olga iba a servir para reparar una gran falta!

Y dejando a un lado la timidez, llamó al piso coquetón de la cortesana, que vivía en uno de los barrios elegantes.

Una criada vestida de negro le abrió la puerta y la hizo pasar al cuarto de Olga.

Admiró Eva el soberbio lujo que reinaba en la estancia, pero al propio tiempo pensó que no quería estar nunca en el lugar de su

prima. Hay cosas que valen más que toda la suntuosidad exterior. Una conciencia limpia, un alma pura, son tesoros que no se pueden comparar con las cosas simplemente materiales.

—Primita... ¿Qué te trae por aquí? Cuenta... cuenta... —le dijo Olga.

Y la abrazaba con verdadera alegría, como si en medio de la ostentación de su nuevo vivir, fuera grato para ella un recuerdo de su existencia humilde.

—Estoy en un terrible conflicto, Olga...

—¿Qué te pasa?

—Necesito trescientos dólares esta misma noche.

—¿Qué sucede? ¿Tu chofer te ha hecho acaso alguna trastada?

¡Ah, esos obreros!

—No, nada de eso...

—¿Entonces?

—No ha sido Jaime Randall... Ha sido tu padre.

—¿Mi padre?

Por unos instantes permaneció pensativa, pero al cabo movió los hombros con indiferencia... No sentía amor alguno por las cosas

de su familia y nada le preocupaba de ella.

Sin embargo, al ver llorar a su prima, quiso mostrarse complaciente y le dijo, dándose aires de importancia:

—No te aflijas, muchacha... Aquí estoy yo... En cuanto venga Jorge Wallace le pediré esa insignificancia.

—Te lo agradeceré con toda mi alma... Figúrate que...

Y contó lo ocurrido, explicándole cómo se había quedado sin dinero para pagar el último plazo del taxi.

—No creo hagas bien en seguir tus relaciones con ese muchacho— le advirtió Olga—. Acaso un día hayas de arrepentirte de ello.

—No, Olga... Le quiero... Si tú quisieras de veras a un hombre como yo amo a Randall, no me hablarías así.

—¡Romántica!

—Tú no sabes lo que es querer... Estoy convencida de que no amas a Wallace. Le toleras solamente porque él satisface con largueza y generosidad todos tus deseos... Si fuese pobre...

—No dudes que le mandaba a paseo...

—En cambio yo... amaría a Randall aunque fuese el último mendigo de la tierra.

—¡Qué locuela!

Interrumpieron la conversación ante la llegada de Jorge Wallace.

El elegante millonario se sorprendió profundamente al ver a aquella dependienta del restorán en casa de Olga...

Siempre le había gustado aquella muchacha y corrió a saludarla gentilmente, agradándole su aire de timidez y de melancolía.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué está usted llorando?

Ella no respondió y Olga se encargó de la contestación:

—Necesita dinero, Wallace... Le he prometido a Eva que le prestarías trescientos dólares...

—Y has hecho bien... Tengo mucho gusto en servir a una mujercita tan guapa.

Avanzó hacia aquella joven cuyo aire de ingenuidad le había agradado desde que la conoció y abriendo la cartera, sacó unos billetes de banco.

—Para usted... Y soy muy feliz en poder serle útil.

La joven, contemplándole con ojos de gratitud fué a coger los billetes que Wallace retiró unos instantes, pero que luego, riendo, puso en las manos de Eva.

—Muchísimas gracias, señor Wallace... Se los devolveré lo más pronto que pueda...

—No se preocupe de ello... Las mujeres bonitas como usted no deben nunca nada.

—¡Gracias... gracias... señor Wallace!

Avanzó en dirección a la puerta, pero el millonario tomando de nuevo su sombrero, dijo:

—Mi coche está abajo, Eva. La dejaré en su casa.

—No quiero que se moleste...

—De ningún modo puedo permitir que vaya usted sola a su casa. Déjeme ser galante con usted.

Eva inclinó la cabeza, resignada a ir en la compañía de aquel hombre, pensando que esto a nada la comprometía al fin y al cabo y que no debía mostrarse demasiado esquiva con el caballero que le había hecho tan señalado favor.

Olga, celosa, preguntó en voz baja a su amigo:

—Pero, ¿te vas ya? ¿No venías a buscarme para salir?

—Volveré luego—le dijo el friamente—. Y procura no inmiscuirte.

La envolvió en una mirada severa, grave, de hombre superior que contempla a una esclava miserable.

Wallace empezaba a cansarse de su amiga... No era más que su capricho momentáneo de gran señor que no resiste la monotonía en cuestión de mujeres y ama el cambio de cariño.

La sola presencia de Eva había bastado a Wallace para que creciese su indiferencia por la otra.

—Cuando usted quiera, señorita—dijo el millonario a la muchacha húngara.

Ambos salieron de la habitación, dejando a Olga con un acceso de indignación y de celos.

¡El miserable, el mal amigo! Porque encontraba otras faldas no vacilaba en apartarse de la amiguita que le conservaba fidelidad.

¡Ah, qué malos son los hombres! Pateó, sollozó y acabó por echar al suelo los policromados y bellas almohadones que tenía en la sala y pisarlos con una actitud rabiosa.

...

Jaime Randall, después de dar las últimas órdenes para que su casa de recién casados estuviera toda a punto, se dirigió hacia el modesto hogar de su novia.

El tío Cándido le recibió con melancolía, ocultando el gran sufrimiento de su alma.

—¿Y Eva?

—No ha vuelto aún... Creo que ha salido para un recado urgente —dijo.

—Es raro.

Esperaron largo rato... Seguramente que Eva había ido de compras, deseosa de adornar lo más bellamente posible el nido de sus amores.

Cándido, que apenas osaba mirarla, como si temiese ser acusado

por él, comenzó a cenar, y Randall, impaciente, le acompañó.

Pasó tiempo... y la jovencita no volvía... Varias veces Randall consultó tel reloj, extrañándole el retraso de la joven. ¿Dónde podía haber ido? A aquella hora avanzada, estaban ya cerradas todas las tiendas.

Paseaba nerviosamente por el modesto pisito, temiendo alguna imprevista contrariedad. Pero, ¿qué podía ser? ¿Acaso alguna desgracia? Oh, eso en vísperas de hacer suya para siempre a aquella criatura, estremeció todas las fibras de su alma!

El tío Cándido, rendido por las emociones de aquel día, había arrojado por dormirse, reclinándose en un sillón... Randall, junto a la

ventana, observaba la gran ciudad nocturna, la gran ciudad que tantos misterios encerraba en su seno...

Se disponía a salir para ir en busca de la novia, cuando vió que se detenía ante la casa, un magnífico automóvil. Vió con la más extraordinaria sorpresa descender de él a Eva en compañía de un caballero.

¡Gran Dios! ¿Qué significaba aquello? ¿Su Eva, su virgencita de los altares, la amada de su alma, en compañía de un hombre!...

Permaneció con la frente aplastada contra los cristales helados, sintiendo que también todo él se estremecía de frío.

¿De dónde venía Eva? ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué estaba allí? Fueron tan terribles las contestaciones que le dió su propia alma, que no tuvo fuerzas para moverse de allí y dirigirse hacia abajo a enterarse personalmente de la verdad.

Ajena a que la estuvieran espiando, la inocente Eva había llegado directamente desde el pisito de Olga a su propia casa.

Wallace, hombre fino, bien educado, que conseguía el amor a las buenas, jamás por la brutalidad, ayudó a bajar a aquella jovencita que tenía para él el perfume picante de la fruta en agraz.

En vano había insistido para que fuesen a algún restorán a cenar. Eva se negó rotundamente, excusándose por estarla esperando su padre. Y Jorge Wallace no se hizo pesado repitiendo su invitación, convencido de que estaba perdiendo el tiempo.

—¡Adiós, señorita Eva!—le dijo al despedirse y besándole la mano—. Y si algún día necesita usted de mí, no vacile en acudir a mi casa.

—¡Gracias, señor Wallace!... Soy deudora de usted... y procuraré pagarle lo antes posible.

—No se hable más de ello. No me corre prisa... En todo caso, la sonrisa de usted me lo pagó ya todo.

Otra vez le besó la puntita rosa de los dedos de marfil, y Eva entró en su casa.

Estaba muy alegre. Su novio no se enteraría de la desaparición del

dinero, y ella devolvería poco a poco aquel préstamo sin condiciones.

Cuando entró en su casa, se sorprendió al ver a Jaime Randall que con los brazos cruzados la miraba con profunda tristeza y severidad.

—¡Jaime!—dijo.

—¿De dónde vienes?—le preguntó él con una voz cortante y amenazadora.

—He... he tenido que salir...—dijo sin acertar con la excusa conveniente.

—Y el paseo, por lo visto, ha sido en buen coche, ¿verdad?

Tío Cándido despertó ante esas voces airadas y al oír aquella disputa, se alejó a un rincón, sollozando interiormente, diciéndose que él era el responsable de todo.

¿De dónde venía su sobrina? ¿Por qué medios habría logrado el dinero? ¿Y pensar que de todo, era él, gusano miserable, quien tenía la culpa!

—Habla—insistió Jaime con voz vibrante y triste a la vez—. Dime qué has hecho... dime...

Y clavaba en ella sus frías pupilas de acero.

—Te lo ruego, Jaime... No me mires así...—respondió temblorosa.

—¡No me has dicho aún dónde has ido!

—A casa de Olga, Jaime—respondió desesperada.

—¿Y a qué has ido allí?

Eva miró a su tío. ¿Lo confesaba? Pero vió tanto dolor en el rostro del pobre viejo, que no quiso decir la verdad.

—No puedo decírtelo—respondió.

Cándido rezaba mentalmente una oración para que acabase aquella disputa... ¡Ah! ¿Le habría dado Olga, la hija idolatrada y perdida, aquella cantidad robada por el padre?

—No puedes decírmelo; ¿eh?—insistió Randall, furioso—. No te canses. Es inútil que me lo digas. Ya he visto yo todo lo que tenía que ver. Un caballero te acompañaba en el coche.

Cándido cerró los ojos, horrorizado, creyendo culpable a su sobrina... ¿De dónde habría sacado

el dinero aquella pobre mujer? La idea de una venta deshonorosa, de un contrato inconfesable, le estremeció.

—¡Ingrata!... ¡Haberme engañado de ese modo!... ¡Nunca... nunca hubiera podido pensar eso de ti!—protestó Randall furioso.

—Por lo que más quieras, Jaime—decía ella, llorando—. No digas nada que pueda pesarte luego.

—Has ido a casa de Olga, ¿eh? Bravo... bien... Te ha encontrado ya tu prima el "tipo que te conviene", ¿verdad?

La muchachita se irguió... Toda ella tembló de indignación, sintiendo manchada, contaminada su dignidad.

—¡Puesto que esa infamia cree usted de mí, guárdese su dinero! ¡Me quema las manos!

Y arrojó a la cara de su novio el fajo de billetes que le había dado Wallace.

—Haces que dude de ti... ¡Necesito conocer la verdad!

—¡Salga de esta casa! El hombre que ha de ser mi marido, no tiene derecho a dudar de mí, vea lo que vea... ¡Salga!

—¡Sí, me voy! Me has dado un disgusto horrible... Nunca pensé eso de ti, nunca...

Y furioso y entristecido al propio tiempo por el fracaso de sus más caras ilusiones, abandonó aquella casa donde una hora antes había subido con el corazón henchido de júbilo.

Eva se dejó caer en brazos de su tío que lloraba un llanto silencioso y amargo y exclamó:

—No quiero verle nunca más... nunca... No pude nunca suponer que tuviese de mí tan mala opinión.

—Y pensar que yo soy el culpable de todo... yo... Dios mío... ¿por qué no me castigas a mí?

Entre lágrimas, ella le contó que Wallace le había dado el dinero y que este millonario la había acompañado por simple galantería.

El viejo seguía sollozando, apretando las manos de desesperación al conocer detalles de la vida deshonorosa de su hija y al ver que por culpa de él Eva perdía la corona de la felicidad.

* * *

Volvió Randall a la mañana siguiente a la casa recién adquirida y dijo al viejo mayordomo, al que horas antes había instalado allí, procedente del palacio que en otro lugar de Nueva York poseía el millonario:

—¡Despide a los criados! ¡Cerramos la casa!

—Pero, señor...

—Sí, ya no me caso...

El mayordomo, que amaba a su señor con sinceridad, lamentó su pena y fué a dar órdenes para que cesasen todos los trabajos... La instalación de la casa estaba ya casi terminada... ¡Y ahora que el nido era tan bonito y agradable iba a faltar la pareja humana para alegrarlo con sus gorjeos de amor!

Randall estuvo largo rato contemplando un retrato de Eva... ¡Cómo le había engañado esa mujer! Tan bonita, con aquellos ojos tan puros, con aquella expresión de niña ingenua... y, sin embargo, él la había visto descender de un coche con un caballero desconocido...

¡Ah! Volvió del revés aquella fotografía. ¿No estaría soñando? ¿No era todo una pesadilla? Pero no. Eran demasiado vivas las huellas de su infortunio para que dejaran de ser verdaderas.

Mientras tanto, Eva, desolada, había salido de su casa dirigiéndose a la casita que habían alquilado antes y que ya no sería el nido soñado de su ventura.

La patrona, la humilde soltero-

na de corazón de oro, se levantó al ver a la novia con huellas de haber llorado mucho.

—Pero, ¿qué le pasa, querida mía?

—Vengo a decirle que ya no podemos alquilarle su departamento.

—¿Por qué, señorita?

—He reñido con mi novio... Una tontería...

—¡Pobre niña! ¡Cuánto lo siento!

Aquella mujer se enternecía al ver la desgracia de aquella compañera de su sexo... Más que por volver a tener desalquilado el pisito, lo sentía porque los novios no iban a vivir allí reflejando un poco de juventud en aquella casa viejecita.

—Ha sido para mí un gran golpe...—dijo Eva.

—Me hago cargo...

—Si usted ha amado alguna vez, sabrá lo que es eso.

—Sí... sí...

El corazón de la solterona no había tenido nunca ninguna pasión determinada, pero en su alma había vibrado el ansia ardorosa de

amor vago y errante que no logra encontrar un sitio para su reposo.

—¿No le molestará a usted que suba... para decir adiós al piso que no será nunca mío?—dijo Eva.

—¡Naturalmente que no! ¡Puede estar el rato que quiera!

—Gracias, buena señora.

Eva subió lentamente las escaleras hasta llegar al pisito claro y abandonado que nunca iba a ser testigo de nuevas entrevistas amorosas.

Sufrió una gran emoción al verse en aquellas estancias... Volvió a examinar todos los muebles... Acarició unas flores y puso todas las cosas tal como estaban cuando alquilaron la habitación.

¿Para qué dejar huella alguna de su paso? Randall había cometido una gran injusticia con ella, le había inferido una gravísima ofensa al dudar de su lealtad.

Y tras un rato de permanecer en aquel departamento que era para ella como un santuario, volvió a bajar la escalera y entregó la llave a la bondadosa patrona.

—¡Animo, señorita!... Tal vez

se arreglen sus cosas... Ustedes se quieren de veras y han de volver a unirse.

—Ya no...

Y después de dar una última ojeada a la escalera, abandonó el zaguán.

Ante la puerta se detuvo unos momentos como si no acertara a marchar... Su vida ya carecía de objeto... En lo sucesivo una nube de negra tristeza se cerniría como un manto sobre su enamorado corazón.

Lanzó una dulce mirada a la gran casa de enfrente, de la que se había retirado el papel de alquilado.

Y sonrió al recordar que ellos habían dicho ingenuamente que la comprarían algún día.

¿Qué se hicieron de tan mágicas ilusiones?

Jaime Randall que se hallaba distraído, junto a un balcón de la gran casa de enfrente, y que miraba también con melancolía el pisito barato que tenían que habitar, vió salir a Eva de la modesta casita.

Su corazón dió un vuelco violento.

¡Ella... ella!...

Ella estuvo contemplando unos instantes a través de los cristales, y la vió tan triste, tan pálida, tan buena, que una nueva luz se hizo en su cerebro, y se preguntó por qué había podido dudar de la virtud de aquella criatura virginal y adorable.

¿En qué había estado pensando hasta entonces? ¿Es que no le bastó la palabra de Eva para creer en ella y no buscar nuevas explicaciones?

La vió parada ante la casita, dirigir melancólicas miradas al humilde hogar y luego al grande y suntuoso caserón.

Randall se enterneció... Y toda la indignación de su alma se fué fundiendo bajo un nuevo rayo de cariño.

Estaba loco cuando dudó de su virtud. ¡Imposible! Si era más pura que la luz, más virtuosa que los ángeles...

No quería saber por qué salió la noche anterior de su casa, por-

que regresó acompañada de un caballero... La fe la pintan con los ojos vendados y él sentía que de repente, después de una vacilación que le avergonzaba, volvía la creencia a su corazón.

—¡Eva... mi Eva!—se dijo sonriente.

Habría ido seguramente a la casita humilde a devolver la llave creyendo rota la felicidad... Pues no... no... El no tenía derecho a dudar de Eva. ¿No había el ejemplo de toda su vida anterior y hon-

rada? ¿Pues por qué había podido insultar tan groseramente a su novia por no encontrar justificada una salida que tal vez luego se explicase a satisfacción de todos?

Corrió escaleras abajo y encontrando al mayordomo que le miraba con inquietud, le dijo:

—¡Espera! ¡No despidas a nadie! ¡Voy a buscarla!

—¡Pero, señor!

—¡Que sigan trabajando! ¡Me quedo... me quedo aquí!

* * *

En pocos momentos se encontró en la calle, corriendo al encuentro de su novia.

—¡Eva!

—¡Jaime! ¿Tú? — respondió, sorprendida y mirando con cierta prevención a su novio.

—No me guardes rencor, adorada mía... Comprendo que nunca debí dudar de ti... Fui la locura de un momento de la que ahora me arrepiento en el alma... Te creo tan pura, tan honrada, como siempre... ¿No podrás perdonarme mis palabras de ayer?

Le acariciaba las manos con infinito amor... Y ella que le quería con toda su alma, ¿iba a mantenerse en una negativa inflexible?

—¡Jaime... qué feliz soy!...—

contestó—, Te perdono... sí... y algún día quizás sepas la verdad que ayer estuvo a punto de provocar entre los dos un conflicto.

—No quiero saberla... Vuelvo a creer en ti y eso me basta... Pero ven conmigo, Eva... y sin hacerme una sola pregunta.

Loco de alegría, se había propuesto dar a la que iba a ser su esposa, la máxima felicidad... Por fin le demostraría su verdadera personalidad, sus riquezas.

—¿Dónde me llevas?

—No preguntes... y ven conmigo.

Cogidos del brazo atravesaron velozmente la calle y entraron en el maravilloso caserón que era pa-

ra Eva como un cuento de hadas imposible.

—Pero, ¿qué haces?... No, no, —dijo Eva, temiendo que su novio cometiera alguna imprudencia. —No tenemos derecho a entrar aquí como en nuestra casa.

—Pasa... pasa... no te preocupes—dijo, riendo.

Subieron una regia escalinata... Eva le miraba asustada apoyándose firmemente en un brazo de él.

Pero, ¿qué significaba aquello? ¿Por qué estaban allí?

Al llegar ante el rellano principal, Randall, gozando alegremente de la sorpresa de su amada, le quitó el abrigo y el sombrero y se los entregó al mayordomo a quien hizo un gesto picaresco como diciéndole: ¿Qué te parece mi novia?

Desapareció el criado, y los dos jóvenes entraron en una suntuosa habitación, llena de mármoles y de dorados espejos.

—Explicame, por favor, Jaime —decía ella, turbadísima—. Tengo miedo de que nos sorprendan. ¿Es en esta casa donde trabajas ahora?

—Aquí es—contestó, con la alegría de poder dar aquella inesperada felicidad a su amada—. Y tengo el mejor amo del mundo...

¡Oh, el asombro, la embriaguez y la admiración que llenaban a la muchachita!

Ella fué pasando revista a los lujosos muebles... y vió sobre una mesa de jaspe un jarrón con un ramo de rosas encarnadas. ¡La flor favorita de Eva, la flor que le recordaba el primer día de amor!

Viendo un hermoso diván, exclamó riendo:

—Este no está estropeado, Jaime... como el del pisito de enfrente... Por cierto que lo acabo de desatquillar... Pensaba que no volverías nunca...

—De todos modos, has hecho bien en ello. No viviremos allí... dime de una vez qué hacemos aquí, te mejor..

—No te comprendo, Jaime... ¿Si estaré aún soñando?... Pero, dime de una vez que hacemos aquí. ¿Quién es tu nuevo amo?

—¡Tú!—le respondió emocionado.

—¿No hablarás nunca en serio?

—Tú, mi bien, tú, mi amo, mi dueña, mi ídolo... ¿No me dijiste que te gustaba esta casa? Pues la he comprado para ti.

—¿De veras?—dijo deslumbrada.

Pero, reaccionando, añadió:

—¿De modo que vuelves a interpretar el papel de millonario?

—Así es...

—Pues entonces déjame a mí hacer el de princesa...—contestó sonriendo y dándole a besar con finura la mano.

—Tal ha sido siempre mi intención... princesa... Pero oyeme bien... No estoy representando una comedia, sino la verdad, tan pura como el sol.

—No entiendo, Jaime... no entiendo...—decía la niña ingenua sin poder atisbar la magnífica realidad.

—Pues debes saberlo todo de una vez, puesto que vamos a casarnos y querría para ti un trono de gloria... Yo no soy el humilde chofer que tú creíste, sino un hombre que nació rico, millonario,

y que hoy puede ofrendarte cuanto puedas apetecer en el mundo.

—Jaime... no te diviertas conmigo... Mira... que...

—Es la verdad... la pura verdad... Como tú me tomaste por un obrero, no quise confesar quién era realmente... Pero sé que me quieres por mí mismo, no por lo que ahora soy... Y esta casa es mía y tengo automóviles de propiedad... y un yate... y otro palacio magnífico en la Quinta Avenida... ¡Y todo para ti... para ti, divina mía!

Y la besó ardientemente en los labios... Luego de aquella caricia, la joven abarcó con sus ojos el maravilloso salón y dióse cuenta de la verdadera realidad de cuento oriental, de aquella fantasía de las mil y una noches que estaba viviendo.

¡Rica... millonaria... amada!... ¿Qué podía pedir más?

Se acurrucó junto a él y sus labios murmuraron:

—Pero... Jaime... ¡esto es el Cielo!

—Sí... el Cielo, que es el premio

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

de la honradez y de la virtud a que el breve intervalo de dos ardientes
te has hecho acreedora... ¡Mi besos, repitió con dulce desfalleci-
bien... mi ídolo!... miento.

Volvieron a besarse, y ella, en —Jaime... esto es el Cielo...

EPILOGO

La feliz pareja contrajo matrimonio... y tras un breve viaje de bodas, se instaló en el soberbio caserón que había adquirido.

El tío Cándido fué a vivir con ellos. A instancias de Randall, pidió la jubilación de su empleo... Bastante había laborado ya el pobrecito, para que entristeciera aún su vejez con las diarias obligaciones de un trabajo rudo.

Y pudo saborear una ancianidad sin preocupaciones... y habría sido por entero feliz, de no tener la espina que le hería continuamente: el recuerdo de aquella hija...

Y un buen día, después de comer, a la hora de las confidencias, como estuviesen hablando de los tiempos en que Randall se presen-

taba como un simple chofer, tío Cándido quiso confesar la verdad de aquella falta cometida que estuvo a punto de dar al traste con la felicidad de los recién casados.

—Fuí yo... yo... quien, para apostar en las carreras, esa maldita costumbre de la que ya me he curado para siempre, me quedé con el dinero que Eva guardaba para el pago del taxi... Supliqué a Eva que tú no te enteraras de ello, Jaime. Me hubiera dado una gran vergüenza. ¡Me considerabas tanto... me decías que era tan honrado!... Y Eva fué a casa de Olga a buscar aquel dinero.

Jaime hizo un gesto rogándole silencio. No quería saber nada. Tenía una confianza ciega en su mu-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

jer y estaba convencido de su pureza angelical, de la hermosura de su alma.

Pero Eva, para desvanecer la menor nubecilla, contó el resto de lo ocurrido.

Wallace, a instancias de Olga, le había dado aquellos trescientos dólares. El millonario la acompañó a su casa, pero como ella se negase a ir con él a un restorán, Wallace, con toda corrección, no insistió.

—¿Y ese dinero? —preguntó Jaime.

—Lo devolví... apenas nos casamos... Me diste muchos miles de

dólares para nuestros gastos... Me fué fácil distraer esa cantidad.

—¡Qué buena eres, Eva, qué buena eres!

—Tienes un tesoro para mujer, Jaime. ¡Guárdalo siempre!... Pienso que por no acusarme a mí estuve a punto de perder su felicidad —murmuró el tío Cándido.

—¡Y yo, tan estúpido, dudé un momento! Pero luego vino la reacción y Eva fué para mí sagrada.

Y ante su propio tío, la besó en la boca con dulce protección.

Y el enamorado se dijo, como siempre que besaba a su mujercita:

—¡Esto es el Cielo!

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. — El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum. — Nantás, el hambre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La hija Ramona. — Don Juan, el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Bean Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trípoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Agullas triunfantes. — El Sargento Malacara. — El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diables. — ¡Ríe, payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética. — Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Singapur. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El despertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera. — Vírgenes modernas. — El Pagano de Tahití y Estrellas dichosas


que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La formidable producción
NON PLUS ULTRA
METRO-GOLDWYN

LA SENDA DEL 98

por
Dolores del Río
y
Ralph Forbes



GRANDIOSO ÉXITO

de la mejor novela relacionada con el cine
publicada hasta la fecha

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Asunto desarrollado en VEINTE cuadernos



1.^{er} cuaderno: **Cómo empiezo a vender
periódicos** (2 ediciones).

2.^o cuaderno: **Quiero ser artista de
cine** (acaba de aparecer).



ILUSTRACIONES EN EL TEXTO
AMENO Y ABUNDANTE



PORTADAS A COLOR

Precio: 25 céntimos

Si le gustan las novelas modernas, optimistas, estilo parisiense, interétese por

La Novela Eva

y no se arrepentirá.

Números publicados:

La rubia del taxímetro

por DOMINGO DE FUENMAYOR

La manicura que no sabía decir que no

por LILI

Esta semana:

Santa Madrona

(Aguafuerte de los barrios bajos barceloneses)

por JOSÉ REYGADAS

LIJOSA PRESENTACIÓN
ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Precio: 30 céntimos

Recomendamos a nuestros favorecedores

LA NOVELA PARA TODOS

que aparece esta semana,
publicando la magnífica novela

MARY LA BUENA MARY LA MALA

original e inédita de MANUEL
REINLEIN SOTOMAYOR



Asunto que causará sensación

Colaboración selecta : Temas escogidos

Precio: **30** céntimos

Véanla y la adquirirán

por su presentación y por la novela que contiene,
de indiscutible mérito

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

Los Grandes Films de
La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbare, 16. — Madrid: Ferraz, 21.

E
B

Precio: UNA peseta